

# EL ZARCO

EPISODIOS DE LA  
VIDA MEXICANA EN 1861-1863

por  
IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO

P87297

.A6

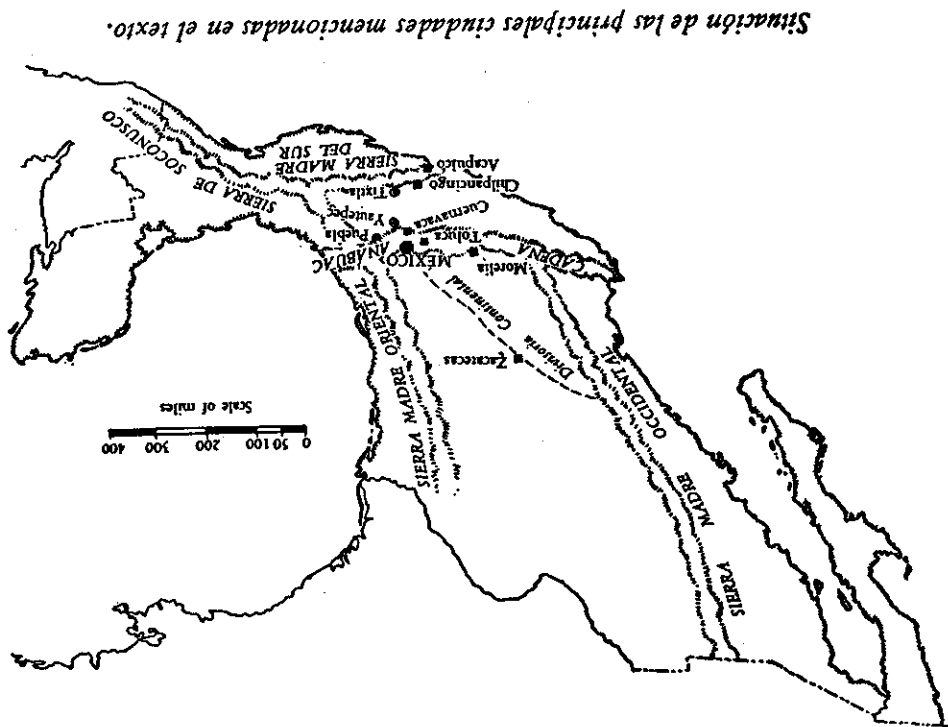
.ZL

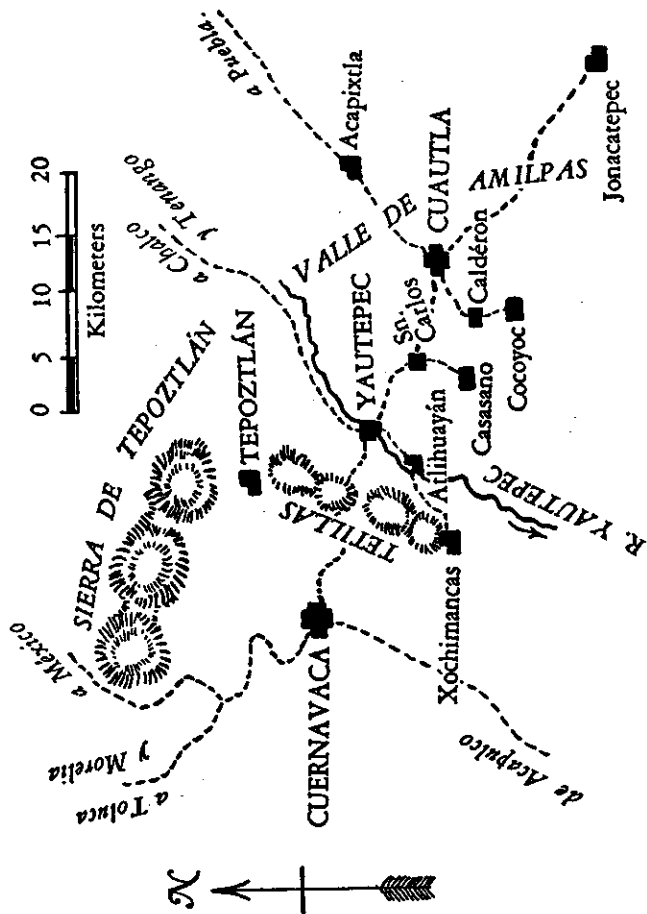
1933

Edited with notes and vocabulary by  
RAYMOND L. GRISMER, Ph.D.  
University of Minnesota and  
MIGUEL RUELAS, University of  
San Francisco ; Illustrated by  
XAVIER MARTÍNEZ SUÁREZ

W. W. NORTON AND COMPANY, Inc.  
NEW YORK

56





en el texto. Yautepec y sus alrededores, con los principales lugares citados

A veces los plateados establecían un centro de operaciones, una especie de cuartel general, desde donde uno o varios jefes ordenaban los asaltos y los plagios y dirigían caras a los hacendados y a los vecinos acomodados, pidiendo dinero, cartas que era preciso obsequiar so pena de perder la vida sin remedio. Allí también solían tener los escondites en que encerraban a los plagiados, sometiéndolos a los más crueles tratamientos.

Por el tiempo de que estamos hablando, ese cuartel general de bandidos, se hallaba en Xochimancas, hacienda antigua y arruinada, no lejos de Yauhtëpec y situada a propósito para evitar una sorpresa.

Semejante vecindad hacía que los pueblos y haciendas del distrito se encontrasen por aquella época bajo la presión de un terror constante.

### III. Las Dos Amigas

EN EL patio interior de una casita de pobre pero graciosa apariencia, que estaba situada a las orillas de la población y en los bordes del río, con su respectiva huerta de naranjos, limoneros y platanares, se hallaba tomando el fresco una familia compuesta de una señora de edad y de dos jóvenes muy hermosas, aunque de diversa fisonomía.

La una como de veinte años, con esa blancura un poco pálida de las tierras calientes, de ojos oscuros y vivaces y de boca encarnada y risueña, tenía algo de soberbio y desdénso que le venía seguramente del corte ligeramente aguileño de su nariz, del movimiento frecuente de sus cejas aterciopeladas, de lo erguido de su cuello robusto y bellísimo o de una sonrisa más bien

burlona que benévola. Estaba sentada en un banco rústico y muy entretenida en enredar en las negras y sedosas madejas de sus cabellos una guirnalda de rosas blancas y de caléndulas rojas.

La otra joven tendría diez y ocho años; era morena, con el tono suave y delicado de las criollas que se alejan del tipo español, sin confundirse con el indio, y que denuncia a la hija humilde del pueblo. Pero en sus ojos grandes, y también oscuros, en su boca que dibujaba una sonrisa triste siempre que su compañera decía alguna frase burlona, en su cuello inclinado, en su cuerpo frágil y que parecía enfermizo, en el conjunto todo de su aspecto, había tal melancolía que desde luego podía comprenderse que aquella niña tenía un carácter diametralmente opuesto al de la otra.

Esta colocaba también lentamente y como sin voluntad en sus negras trenzas, una guirnalda de azahares, sólo de azahares, que se había complacido en cortar entre los más hermosos de los naranjos y limoneros, por cuya operación se había herido las manos, lo que le atraía las chanzonetas de su amiga.

—Mira, mamá, —dijo la joven pálida, dirigiéndose a la señora mayor que cosía sentada en una pequeña silla de paja, algo lejos del banco rústico; —mira a esta tonta, que no acabará de poner sus flores en toda la tarde; ya se lastimó las manos por el empeño de no cortar más que los azahares frescos y que estaban más altos, y ahora no puede ponérselos en las trenzas. Y es que a toda costa quiere casarse, y pronto.

—¿Yo?— preguntó la morena alzando tímidamente los ojos como avergonzada.

—Sí, tú,— replicó la otra, —no lo disimules; tú sueñas con el casamiento; no haces más que hablar de

se oye en la calle, y a no pegar los ojos en toda la noche si suenan tiros o gritos. ¡Es imposible vivir de esta manera! Díganme ustedes si esto es vida; no, es el infierno . . . yo estoy mala del corazón.

La señora concluyó así, derramando gruesas lágrimas, su descripción de la vida que llevaba, y que por desgracia no era sino muy exacta.

Manuela, que se había puesto encendida cuando oyó estas palabras, se conmovió al oír que la buena señora se quejaba de estar mala del corazón.

—Mamá, tú no me habías dicho que estabas mala del corazón. ¿Te duele de veras? ¿Estás enferma? —le preguntó acercándose con ternura.

—No, hija, enferma no; no tengo nada, pero digo que semejante vida me aflige, me entristece y acabará por enfermarme realmente. Lo que es enfermedad, gracias a Dios que no tengo, y ésa al menos es una fortuna que nos ha quedado en medio de tantas desgracias que nos han afligido desde que murió tu padre. Pero al fin con tantas zozobras, con tantos sustos diarios,

con el cuidado que tú me causas, tengo miedo de perder la salud. Todos me dicen: —"Doña Antonia, esconda usted a Manuelita o mándela usted a México o a Cuernavaca. Aquí está muy expuesta, es muy bonita, y si la ven los plateados, si algunos de sus espías de aquí les dan aviso, son capaces de caer una noche sobre la población y llevársela." Todos me dicen esto; el señor cura mismo me lo ha aconsejado; el prefecto, nuestros parientes, no hay una alma bendita que no me diga todos los días lo mismo, y yo estoy sin consuelo, sin saber qué hacer . . . sola . . . sin más medios de que vivir que esta huerta, que es la que me tiene aquí, y sin más amparo que mi hermano a quien ya acabo a

ello todo el día, y por eso escoges los azahares de preferencia. Yo no, yo no pienso en casarme todavía, y me contento con las flores que más me gustan. Además, con la corona de azahares parece que va una a vestirse de muerta. Así entierran a las doncellas.

—Pues tal vez así me enterrarán a mí, —dijo la morena, —y por eso prefiero estos adornos.

—¡Oh! niñas, no hablen de esas cosas, —exclamó la señora en tono de reprensión. —Estar los tiempos como están y hablar ustedes de cosas tristes, es para aburrirse. Tú, Manuela, —dijo dirigiéndose a la joven alta, —deja a Pilar que se ponga las flores que más le cuadren y ponte tú las que te gustan. Al cabo, las dos estáis bonitas con ellas . . . y como nadie las ve, —añadió, dando un suspiro . . .

—¡Esa es la lástima! —dijo con expresivo acento Manuela. —Ésa es la lástima, —repetió; —que si pudiéramos ir a un baile o siquiera asomarnos a la ventana . . . ya veríamos . . .

—Bonitos están los tiempos, —exclamó amargamente la señora, —lindos, para andar en bailes o asomarse a las ventanas. ¿Para qué queríamos más fiesta? ¡Dios nos ampare! Conque, ¡trabajos tenemos para vivir escondidas y sin que sepan los plateados que existimos! No veo la hora de que venga mi hermano de México y nos lleve, aunque sea a pie. No puede virirse ya en esta tierra. Me voy a morir de miedo un día de éstos. Ya no es vida la que llevamos en Yauhtepec. Por la mañana, sustos si suena la campana, y a esconderse en la casa del vecino o en la iglesia. Por la tarde, apenas se come de prisa, nuevos sustos, si suena la campana o corre la gente; por la noche a dormir con sobresalto, a temblar a cada tropel, a cada ruido, a cada pisada que

cartas, pero que se hace el sordo. Ya ves, hija mía, cuál es la espina que tengo siempre en el corazón y que no me deja ni un momento de descanso. Si mi hermana no viniera, no nos quedaría más que un recurso para libertarnos de la desgracia que nos está amenazando.

—¿Cuál es, mamá? —preguntó Manuela sobresaltada.

—El de casarte, hija mía, —respondió la señora con acento de infinita ternura.

—¿Casarme? ¿Y con quién?

—¿Cómo, con quién? —replicó la madre, en tono de dulce reconvención. —Tú sabes muy bien que Nicolás te quiere, que se consideraría dichoso si le dijeras que sí, que el pobrecito hace más de dos años que viene a vernos día con día, sin que le estorben ni los aguaceros, ni los peligros, ni tus desaires tan frecuentes y tan injustos, y todo porque tiene esperanzas de que te convengas de su cariño, de que te ablandes, de que consentas en ser su esposa . . .

—¿Ah! en eso habíamos de acabar, mamacita, —interrumpió vivamente Manuela, que desde las últimas palabras de la señora no había disimulado su disgusto; —debí haberlo adivinado desde el principio; siempre me hablas de Nicolás; siempre me propones el casamiento con él, como el único remedio de nuestra mala situación, como si no hubiera otro . . .

—¿Pero cuál otro, muchacha?

—El de irnos a México con mi tío, el de vivir aquí como hasta ahora, escondiéndonos cuando hay peligro.

—Pero ¿tú no ves que tu tío no viene, que nosotras no podemos irnos solas a México, que confiamos a otra persona es peligrosísimo en estos tiempos, en que los caminos están llenos de plateados, que podrían tener

aviso y sorprendernos? . . . porque se sabría nuestro viaje con anticipación.

—Pues entonces, mamá, seguiremos como hasta aquí que éstas no son penas del infierno; algún día acabarán, y mejor me quedaré para vestir santos . . .

—¡Ojalá que ése fuera el único peligro que correrías, el de quedarte para vestir santos! —contestó la señora con amargura. —Pero lo cierto es que no podemos seguir viviendo así en Yautepec. Éstas no son penas del infierno efectivamente, y aun creo que se acabarán pronto, pero no favorablemente para nosotras. Mira, —añadió bajando la voz con cierto misterio, —me han dicho que desde que los plateados han venido a establecerse en Xochimancas, y que estamos más inundados que nunca en este rumbo, han visto muchas veces a algunos de ellos, disfrazados, rondar nuestra calle, de noche; que ya saben que tú estás aquí, aunque no sales ni a misa; que han oído mentar tu nombre entre ellos; que los que son sus amigos aquí han dicho varias veces:

“Manuelita ha de parar con los plateados.” “Un día de éstos, Manuelita ha de ir a Xochimancas”; con otras palabras parecidas. Mis comadres, mis parientes, ya te conté, el señor cura mismo me ha encontrado y me ha dicho: “Doña Antonia, pero, ¿en qué piensa usted que no ha transportado ya a Manuelita a Cuernavaca o Cuautla, a alguna hacienda grande? Aquí corre mucho riesgo con los malos. Sáquela usted, señora, sáquela usted, o escóndala debajo de la tierra, porque si no, va usted a tener una pesadumbre un día de éstos.” Y a cada consejo que me dan, me clavan un puñal en el pecho. Ya verás tú si podemos vivir de este modo aquí.

—Bueno, —replicó Manuelita no dándose por ven-

cida, —y aun suponiendo que así sea, mamá, ¿qué lograríamos casándome con Nicolás?

—¡Ay, hija mía! lograríamos que tomaras estado y que te pusieras bajo el amparo de un hombre de bien.

—Pero si ese hombre de bien no es más que el herrero de la hacienda de Atilhuayán, y si el mismo dueño de la hacienda, que está en México y que es un señorón, no puede nada contra los plateados, ¿qué había de poder el herrero que es un pobre artesano? —dijo Manuela, alargando un poco su hermoso labio inferior con un gesto de desdén. 5

—Pues aunque es un pobre artesano, ese herrero es todo un hombre. En primer lugar, casándote, ya estarías bajo su potestad, y no es lo mismo una muchacha que no tiene otro apoyo que una débil vieja como yo, de quién todos pueden burlarse, que una mujer casada que cuenta con su marido, que tiene fuerzas para defenderla, que tiene amigos, muchos amigos armados en la hacienda que pelearían a su lado hasta perder la vida. Nicolás es valiente; nunca se han atrevido a atacarle en los caminos; además sus oficiales de la herrería y sus amigos del real le quieren mucho. En Atilhuayán no se atreverían los plateados a hacerte nada, yo te lo aseguro. Estos ladrones, después de todo, sólo acometen a las poblaciones que tienen miedo y a los caminantes desamparados, pero no se arriesgan con los que tienen resolución. En segundo lugar, si tú no querías estar por aquí, Nicolás ha ganado bastante dinero con su trabajo, tiene sus ahorros; su maestro, que es un extranjero que le dejó encargado de la herrería de la hacienda, está en México, le quiere mucho, y podríamos irnos a vivir allá mientras que pasan estos malos tiempos. 10

—¡No! ¡nunca, mamá! —interrompió bruscamente Manuela, —estoy decidida; no me casaré nunca con ese indio horrible a quien no puedo ver . . . Me choca de una manera espantosa, no puedo aguantar su presencia . . . Prefiero cualquier cosa a juntarme con ese hombre . . . Prefiero a los plateados, —añadió con altanera resolución. 5

—¿Sí? —dijo la madre, arrojando su costura, indignada, —¿preferes a los plateados? Pues mira bien lo que dices, porque si no quieres casarte honradamente con un muchacho que es un grano de oro de honradez, y que podría hacerte dichosa y respetada, ya te morde-rás las manos de desesperación cuando te encuentres en los brazos de esos bandidos. Yo no veré semejante cosa; yo me moriré antes de pesadumbre y de vergüenza, —añadió derramando lágrimas de cólera. 10

Manuela se quedó pensativa. Pilar se acercó a la pobre vieja para consolarla.

—Mira tú, —dijo ésta a la humilde joven morena que había estado escuchando el diálogo de madre e hija, en silencio; —tú que eres mi ahijada, que no me debes tanto como esta ingrata, no me darías semejante pesar. 15

Pilar iba quizás a responder, pero en ese instante llamaron a la puerta de un modo tímido. 20

—Es Nicolás, —dijo la señora; —ve a abrirle, Pilar. La humilde joven, todavía confusa y encarnada, quitó apresuradamente de sus cabellos la guirnalda de azahares y los colocó en el banco.

—¿Por qué te quitas esas flores? —le preguntó Manuela, arrojando a su vez apresuradamente las rosas y caléndulas que se había puesto.

—Me las quito porque son flores de novia, y no soy

yo aquí la novia, —respondió tristemente, aunque un poco picada, Pilar. —Y tú, ¿por qué te quitas las tuyas?

—Yo, porque no quiero ni parecer bonita a ese indio, hombre de bien, que merece un relicario. 5

Pilar fué a abrir la puerta, con todas las precauciones que se tomaban en ese tiempo en Yautepec.

#### IV. Nicolás

QUIEN HUBIERA oído hablar a Manuela en tono tan despreciativo, como lo había hecho, del herrero de Atihuayán, se habría podido figurar que era un monstruo, un espantajo repugnante que no debiese inspirar más que susto o repulsión. 10

Pues bien: se habría engañado. El hombre que después de atravesar las piezas de habitación de la casa penetró hasta el patio en que hemos oído la conversación de la señora mayor y de las dos niñas, era un joven triguero, con el tipo indígena bien marcado, pero de cuerpo alto y esbélto, de formas hercúleas, bien proporcionado y cuya fisonomía inteligente y benévola predisponía desde luego en su favor. Los ojos negros y dulces, su nariz aguileña, su boca grande, provista de una dentadura blanca y brillante, sus labios gruesos que sombreaba apenas una barba naciente y escasa, daban a su aspecto algo de melancólico pero de fuerte y varonil al mismo tiempo. Se conocía que era un indio; pero no un indio abyecto y servil sino un hombre culto, embellecido por el trabajo y que tenía la conciencia de su fuerza y de su valer. Estaba vestido no como todos los dependientes de las haciendas azucareras con cha-



Perfil del Herrero.

## XXV. *El Principio y El Fin*

A LOS pocos días de esta entrevista y en una mañana de diciembre, templada y dulce en la tierra caliente como una mañana primaveral, el pueblo de Yautepec se despertaba alborozado y alegre, como para una fiesta.

Y en efecto, esperaba una fiesta; no una fiesta religiosa, ni pública, sino una fiesta de familia, una fiesta íntima, pero en la que tomaba parte la población entera.

Nicolás, el honradísimo herrero de Atlihuahán, se casaba con la buena y bella Pilar, la perla del pueblo por su carácter, por su hermosura y sus virtudes.

Así es que se festejaba su enlace con toda solemnidad. Desde muy temprano, desde que la luz del alba había extendido en el cielo, limpio de nubes, y sobre las montañas, las huertas y el caserío, su manto aperlado y suave, los repiques a vuelo, en el campanario de la iglesia parroquial, habían despertado a los vecinos; la música del pueblo tocaba alegres sonatas, y los petardos y las cámaras habían anunciado la misa nupcial.

La iglesia, los altares, y especialmente el altar mayor, en que iba a celebrarse el casamiento, estaban llenos de arcos y de ramilletes de flores. Todos los naranjos y limoneros de Yautepec, y se cuentan por centenares de miles, habían dado su contribución de azahares. Sin exageración podía decirse que ninguna novia en el mundo había contado jamás, en el camino de su casa a la iglesia, en ésta, y en la casita que se le había dispuesto en Atlihuahán, con un adorno en que se ostentara la flor simbólica con tal riqueza y tal profusión. Era una

lluvia de nieve y de aroma que rodeaba a la pareja por todas partes. A las siete de la mañana, ésta apareció radiante en la puerta de la casa de Pilar y se dirigió a la iglesia, acompañada de sus padrinos y de una comitiva numerosa.

Ya la noche anterior se había celebrado el matrimonio civil, delante del juez recién nombrado, porque la ley de Reforma acababa de establecerse, y en Yautepec, como en todos los pueblos de la República, estaba siendo una novedad. Nicolás, buen ciudadano, ante todo se había conformado a ella con sincero acatamiento.

Pero todavía en ese tiempo, como ahora mismo, la fiesta de bodas se reservaba para el matrimonio religioso. Los novios, pues, se presentaron ante el altar.

Nicolás, vestido con esmero, aunque sin ostentación, manifestaba en el semblante una alegría profunda, un sentimiento de felicidad tanto más verdadero, cuanto que se cubría con un exterior grave y dulce. Pilar estaba encantadora; su belleza natural se hallaba realzada ahora por su traje blanco y elegante, por su peinado de cabellos negros y sedosos, adornados con la corona nupcial, aquella corona que ella se complacía siempre en formar con el mayor gusto.

El rubor natural causado por aquel momento y por ser el objeto de las miradas de todos, la timidez, el amor, aquel concurso, aquel altar lleno de cirios y de flores, la voz del órgano, el murmullo de los rezos, el incienso que llenaba la nave, todo había producido en ella tales y tan diversas emociones, que parecía como arrebataada a un mundo extraño, al mundo de los sueños y de la dicha.

Con todo, y a pesar del aturdimiento que la embar-

gaba, la buena joven tuvo un pensamiento para la pobre anciana a quien había amado como a una madre, para la infeliz mártir cuyo luto acababa de llevar y cuyas bendiciones la protegían. Una lágrima de ternura inundó sus mejillas al recordarla, y al recordar también a la desdichada Manuela, por quien oró en aquel momento en que era tan feliz.

Por fin la misa acabó, y los novios, después de recibir los plácemes de sus amigos, de todo el pueblo, se dispusieron a partir para la hacienda de Atilhuayán, en donde tenían su casa, a la que habían invitado a muchas personas de su estimación para tomar parte en un modesto festín.

Al efecto, se dispuso una cabalgata que había de servir de cortejo al guayín en que caminaban los esposos, con el cura y otros amigos.

A las ocho de la mañana partieron, y comenzaron a caminar por la carretera que conducía a la hacienda.

Pero poco antes de llegar al lugar en que se alzaba el gran amate en que siempre cantaba el buho las noches en que pasaba el Zarco, cuando venía a sus entrevistas con Manuela, la comitiva se detuvo estupefacta.

Al pie del corpulento árbol estaba formada una tropa de caballería, vestida de negro y con las armas preparadas.

Nadie esperaba ver allí a esa fuerza, que se aparecía como salida de la tierra. ¿Qué podía ser?

Era la tropa de Martín Sánchez Chagollán, como cien hombres, con el aspecto lúgubre y terrible que les conocemos, que conducía un convoy de criminales condenados a prisión.

Al descubrir el cortejo nupcial, alegre y acompañado

de la música, el comandante, es decir, Martín Sánchez, se adelantó hasta donde venía el guayín de los novios, y quitándose el sombrero respetuosamente, dijo a Nicolás:

—Buenos días, amigo don Nicolás; no esperaba usted verme por aquí, ni yo esperaba tener el gusto de saludar a usted y de desearte mil felicidades, lo mismo que a la señora, que es un ángel. Ya le explicaré a usted el motivo de mi presencia aquí. Ahora mi tropa va a presentar las armas, en señal de respeto y de cariño, y yo le ruego a usted que continúe sin parar hasta la hacienda. Allá iré yo, después.

Pero en esto una mujer, una joven en quien todos reconocieron luego a Manuela, se abrió paso entre la fila de los jinetes y vino corriendo, arrastrándose, desmelenada, descajajada, temblando, pudiendo apenas hablar, y asiendo de las puertitas del guayín, dijo, con una voz enronquecida y con palabras entrecortadas:

—¡Nicolás! ¡Nicolás! ¡Pilar! hermana . . . ¡Socorro! 20  
¡Misericordia! ¡Tengan piedad de mí! . . . ¡Perdón!  
¡Perdón!

Nicolás y Pilar se quedaron helados de espanto.

—Pero ¿qué es eso? . . . ¿qué tienes? —gritó Pilar.

—Es que . . . —dijo Manuela, —es que . . . ¡me voy a volver loca! . . .

Pilar estaba temblando. En cuanto a Manuela, por un raptó de locura, había corrido ya al lado de Nicolás y seguía gritando palabras incoherentes. Al instante se llevó las manos al corazón, dió un grito agudo y cayó al suelo.

—¡Pobre mujer! —dijo don Martín. —Levántenla y la llevaremos a Yautepec.

Dos soldados fueron a levantarla, pero viendo que arrojaba sangre por la boca, y que estaba rígida y que se iba enfriando, dijeron al jefe:

—¡Don Martín, ya está muerta!

FIN.

## Notes

P. 1:1

**Yautepec.** As a general rule Indian geographical names are pronounced as if they were Spanish names because the spelling is phonetic and graphically represents the sound of the words. Thus such words as **Yautepec**, **Amilpas**, **Cuautla**, **Tepoztlán**, **Zacatecas**, etc. are pronounced like Spanish words. A few exceptions to this general rule are: **x** is pronounced like the Spanish **s** at the beginning of a word—**Xochimancas**, and before other consonants like the English **sh** in **disib—Acapixtla**.

P. 1:1 and

**tierra caliente . . . tierra fría** the low lands south of the tropic of Cancer are called in Mexico **tierra caliente** because of the heat encountered there; the high regions where the temperature is much lower because of the altitude are called **tierra fría**.

P. 1:6

P. 1:20

**dirfise = se diría.** Frequently the object pronoun is appended to the verb when otherwise the pronoun would be the first word of a sentence or clause.

P. 2:20

**Apenas acababa de ponerse el sol** *The sun had just set*

P. 3:27

**Plateados** a name given to the bandits described in this novel because of the silver ornaments on their clothes and on the trappings of their horses, just as the men of Francisco Villa were called **dorados** because of their use of gold ornaments. **Villa** was a bandit who, with